

Barrio de la Purísima

■ ■ Sergio Loredó Macías*

En uno de los viajes que hice a San Francisco del Rincón, el tío Trine me dijo que me iba a regalar su cajón de bolear.

El tío Trine era el único tío que no se había casado, vivía con mi abuela. Supe que le apodaban “la Mosca”; se dedicaba a los trabajos más humildes en San Francisco del Rincón: ayudante de chófer, bolero, lavacarros, paletero; realizaba diversos trabajos en donde fuera necesario, tal vez por esa razón le apodaban así. Tarareaba canciones de poca letra, por ejemplo, lo oí tararear: “un helicóptero, un helicóptero”. A veces imitaba a los gatos: “miau, miau; tú miau y yo cagao”, les decía. Cuando mi abuela ponía a cocer carne para la venta de pozole, él robaba muy seguido la mayor parte de la carne. Obvio que mi abuela le reclamaba, pero él huía sonriendo.

Él me obsequió su cajón de bolear, de lujo: pintado de rojo, con cuatro espejos, dos a la izquierda y dos a la derecha, al frente dos botellas, una para la tinta negra y otra para la tinta café. Atrás dos botellas más; una para jabón y otra para gasolina. Adentro dos cepillos grandes, dos brochas, trapos para dar brillo, grasas, cremas, etc. Como si fuera poco, un banquito acojinado que se ajustaba al cajón; todo adornado con broches que llamábamos chinches. Me sentía orgulloso de mi equipo de trabajo. Comparándolo con otros boleros pensaba que tenía el equivalente a un carro Mustang o un BMW.

Cuando comencé de bolero tendría unos 11 años; atravesé el río Santa Catarina para dirigirme al barrio de La Purísima, la colonia Obispado y el centro de la ciudad, a veces cantaba melodías que descomponía como: *Soy un pobre bolerito/ que ha venido de la loma/ Como no soy tan mensito/ cobro a peso la boleada/ uno cincuenta con sarolo/ y a cincuenta la engrasada.*

Me acuerdo de mi primera boleada. Fue en una privada en la colonia Obispado. Eran unas botas que se me hicieron inmensas, mientras las lustraba me acordé de una película que había visto en el cine: *Pulgarcito contra el Ogro*.

Usando el método ensayo-error o camina-bolea, hice mi propia ruta, donde trabajé varios meses. Hasta que llegué un día a la plaza de la Purísima. Trataré de describirla. Está frente a un templo, al que debe su nombre. En ese tiempo estaba llena de árboles, jardines con césped; en el centro una pequeña fuente de mármol donde estaban cuatro peces panzones, le llamaban la Fuente de los Delfines. En una esquina estaba el sitio de autos; en la otra daba frente al templo. En las otras dos esquinas, oriente, había una paletería llamada “Dumbo” y en la otra esquina un restaurante de comida rápida llamada “Kity”.

El templo era visitado por mucha gente, hasta gringos. Casi nunca entré a esa iglesia, tal vez porque consideraba que era exclusiva para los “ricos” del barrio. En el exterior de la puerta principal hay un Cristo alargado; debajo de él doce figuras flacas, supongo son los doce apóstoles. Afuera del templo hay un campanario construido de piedra; en la parte alta de él, una virgen.

Pronto me fui familiarizando con la gente que allí coincidía. Conocí a todos los choferes del sitio de autos la Purísima. Algunos eran dueños de sus carros, otros pagaban renta de los mismos; mencionaré algunos: Onofre, era una persona amable y solidaria; quien por razones que una vez me explicó me decía “Sergio, el de la pecherita”. Cantú, que tenía un cuate idéntico en otro sitio, avaro y ahorrativo, en las bajadas apagaba su auto para no gastar gasolina. Pepe y Poncho de buen trato, los dos estudiaban por correspondencia para ser agentes secretos. Había otros más, pero mencionaré a uno que influyó en mi persona, Ignacio Verástegui, a quien le decían el “Indio”; mientras esperaba carrera casi siempre estaba leyendo el periódico, un libro

* Profesor jubilado de la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón”. El texto aquí presente se desprende del libro *Lo mejor que me pasó*, VIVIR; publicado en 2019 por la EIAO y el CDAH-UANL.

vaquero u otro texto; seguido hacíamos comentarios sobre las lecturas, creo así inicié el gusto por leer. Años después supe que fue atropellado en la avenida Constitución, un día que intentó cruzarla alcoholizado.

También traté y conocí a los trabajadores de un restaurante que se llamaba “Bona”. Me hice amigo de los administradores y meseros, citaré algunos: Javier, de gran nobleza, que su sueño era ganar un concurso de canto en la televisión, que dirigía Rómulo Lozano; casi todo el día andaba cantando como su ídolo Juan Salazar; por cierto, si llegó a concursar, pero no ganó; siguió insistiendo, hasta que lo sorprendió un paro cardíaco, muriendo a temprana edad.

Otra persona de quien también guardo buenos recuerdos es de don Pepe, administrador de ese restaurante, una persona que era lo más parecido a Santa Claus; blanco, chapeado, casi siempre con una gran sonrisa, jo, jo, saludaba a los conocidos y clientes; les preguntaba: “¿Va a querer su cerveza con corbata o sin corbata?”. “Sin”; “Pues atásquele”. A propósito de corbatas, cuando él supo que estaba estudiando un día me regaló como veinte. Que contradicción, me confió que a él le entristecía la navidad; los arreglos de la ciudad, las canciones que oía en la radio. El ambiente navideño le deprimía a él, que era el más parecido a un Santa Claus.

También viene a mi memoria Luis, el afeminado más respetuoso y cooperador; pues algunas veces compartía las propinas con los lavaplatos, beneficiándome de esa actitud solidaria; nos daba consejos: “Mantengan los ojos bien abiertos, dense cuenta de lo que sucede a su alrededor, no hay que apendejarse”, nos decía. Otro mesero que fue mi amigo se llamaba Isaías; levantaba pesas y estudiaba artes marciales en el sindicato de meseros, al que me invitó en una ocasión para una de sus clases. La mayoría de los trabajadores y administradores del “Bona” me apoyaron de varias maneras: allí fui mandadero, lavaplatos, ensaladero. En ese lugar fue donde me gané el sustento en los días difíciles.

El “Bona” era un restaurante que duró muchos años en una esquina que da al frente de la plaza. Su principal platillo era la hamburguesa. Sin embargo, también vendían milanesa, bebidas como leche malteada, sodas y cervezas, y otros productos muy solicitados por los vecinos del lugar.

Frente al sitio de autos había una casa de huéspedes, que también ese espacio se convirtió en un modo más de ingresos y sobrevivencia. La dueña se llamaba Ana María, me hubiera gustado agradecerle todo el apoyo que me dio. Conocí a las sirvientas y a varias personas que allí se hospedaron. De los inquilinos que mencionaré a Rafael Fierro, a quien lustraba sus zapatos y le lavaba el carro, pagándome por quincena. Un día me dijo que de la gran caja que estaba en un pasillo y que contenía libros, leyera los que yo quisiera. Tomé varios de cuyos autores, recuerdo a Gogol, Turgeniev, Gorky, Dostoevsky; tengo la sospecha fundada que con estos libros aumentó mi afición por la lectura.

Rafael Fierro era de Chihuahua, familiar de Rodolfo Fierro, que participó al lado de Pancho Villa de la División del Norte, en el periodo de la Revolución mexicana. Él se dedicaba a dibujar en una compañía internacional de publicidad. Un día me contó que intentó suicidarse por una decepción amorosa por una actriz del cine llamada Elizabeth Campbell. Me dijo que cuando se iba a disparar en la sien, en el último instante cambió de dirección la pistola y le disparó a un retrato de él mismo, que estaba colgado en la pared. Compartimos la experiencia de ver en su pequeña televisión de blanco y negro la llegada del hombre a la luna. “Un pequeño paso para el hombre, pero un gran paso para la humanidad”; dijo el astronauta Neil Armstrong al llegar a la luna. Con el tiempo, nos perdimos de vista; 46 años después coincidimos al abrir una puerta de una tienda y volvimos a repasar esos tiempos, hasta que un día supe en su dirección de internet que había fallecido en el Hospital Universitario por un cáncer en el cerebro; hasta hoy alguien manipula su e-mail, mandando saludos dando la ilusión que aún vive.

En esta casa de huéspedes traté mucha gente que se hospedaba, personas que venían de otra parte de la República, incluso extranjeros como españoles e italianos. Nunca pude agradecer lo suficiente a la señora Ana María, dueña de ese negocio; me trataba como un miembro más de sus trabajadores, aunque laboraba por ratos. Cerca del medio día le traía las tortillas; a cambio de ese mandado comía con las sirvientas y ella, después de darle de comer a los hospedados.

Por algunas temporadas contrataban a la hermana de una de las sirvientas, Laura, quien tenía casi mi edad, morena, pelo largo, sencilla; pero lo que

más me atraía era su cara triste. Supe que su primer novio había fallecido, tal vez esa era la razón de su tristeza. Hubo entre ella y yo trato, incluso un día me invitó a ir a una misa, para mí fue como una primera cita; despertó en mí la primera emoción de lo que se llama amor. Había temporadas que ella no asistía al trabajo, me imaginaba que era yo el protagonista de una película; que caminaba de la fuente a la puerta de la casa de huéspedes, en un día de lluvia y frío, actuando como aquél cantante de moda de aquel film que vimos juntos: *Cuando tú no estás*, con un tal Raphael. Que yo cantaba: *No sé si el mundo es el de siempre, pero yo lo veo diferente cuando tú no estás, cuando tú no estás...*

Por algunos años deje de ver a Laura. Cuando estaba cerca de graduarme como maestro, la busqué. Pero por indirectas de ella supe que tenía novio. Tiempo después me enteré que se había casado. Comprendí que ella no era para mí y su presencia se diluyó con el tiempo.

Entre la casa de huéspedes, el restaurante “Bona”, el sitio de autos y mi espacio en esa plaza, me gané el sustento durante casi seis años. Pero había días que me ponía a reflexionar, sentado en el banco de mi cajón de bolear, que ya tenía casi quince años y no salía de ese barrio de la Purísima con un buen trabajo.

Por alguna razón había muy pocas posibilidades de laborar formalmente. Hasta que un día le estaba lustrando los zapatos a un joven político y en la misma banca, estaba el chófer Ignacio, que le apodaban el “Indio” y que ya mencioné en este texto; le dijo: “Oye Alejandro, por qué no te llevas a este muchacho, le gusta la lectura, escribe poesía, para algo puede servir donde tú trabajas”. Se quedó pensando y dijo: “Te espero en las oficinas de la dirección juvenil de mi partido”. Este evento cambió mi futuro, pues tuve la oportunidad de estudiar y trabajar, lo que sigue es otra historia.



Basilica la Purísima